

G-F 7153





DGCL
A

ORACION INAUGURAL
QUE EN LA APERTURA
DE LA AUDIENCIA NACIONAL
DE VALLADOLID

EL DIA 3 DE ENERO DE 1814

H I Z O

EL SR. D. MANUEL GUTIERREZ DE BUSTILLO,
REGENTE DE ELLA.

VALLADOLID:
POR HIGINIO ROLDÁN.
AÑO DE 1814.



C. 1137069
t. 99271

R. 84496

ORACION INAGURAL

QUE SE LEA EN LA ASESORIA

DE LA ASAMBLEA NACIONAL

DE LA NACIÓN

EN LA CIUDAD DE BUENOS AIRES

EL DÍA

DEL 20 DE AGOSTO DE 1914

DEL AÑO DEL SEIS

—

—

—

—

Hoy por la vez primera, magistrados ilustres, asisto á la apertura de este sagrado templo de la justicia baxo la nueva forma que la sábia constitucion política de la monarquía y las leyes del augusto congreso nacional han dado á los tribunales; *forma*, en que los menos instruidos creerán que se han disminuido nuestras facultades, y en que los profundos investigadores descubren la magistratura revestida mas ampliamente de sus nativas atribuciones, y exônerada de las adventicias que mezcladas á las otras solo sirven para distraer á los jueces del sacrosanto ministerio que se les ha confiado. Nuestra intervencion en el ramo gubernativo ¿quán molesta sobrecarga no era para todos nosotros? ¿qué dilaciones no ocasionaba en la administracion de la justicia? ¿qué fastidio no debia engendrar en unos hombres como nosotros, acostumbrados á proceder en los negocios contenciosos por el método exac-

to de que el ramo gubernativo no es susceptible? y ¿quán fácil no era que un magistrado viciase las formas mentales baxo que dictaba las sentencias, tomando de los asuntos gubernativos un molde, al parecer mas expedito, aunque menos seguro, trasladándolo á las causas que necesitan del invariable procedimiento judicial?

Reduzcámonos pues por bien nuestro, no menos que de los pueblos, á nuestra esfera natural. Somos en el dia jueces y nada mas que jueces, pero lo somos como debemos serlo. La judicatura es considerada por la ley como una propiedad de que no se nos puede como antes despojar arbitrariamente. Si nosotros no conocemos del ramo gubernativo, tambien en recompensa el órden judicial es del todo independiente, y no sufrimos el pernicioso influxo de otro poder sobre el nuestro ni sobre nosotros, ni hay para los jueces fuerza alguna que no se halle encerrada dentro de su círculo. Las instancias giran sobre una rueda permanente, y no se confunde ja-

más la primera con las ulteriores, ni la decision de los negocios puede salir de las provincias á cuyos tribunales corresponde segun la ley: por manera, que ni nosotros desplegarémos sobre los jueces de primera instancia una autoridad injusta por solo el hecho de ilimitada é indefinida, ni tenemos que recelar que de las cercanías del trono se explique otra no menos indeterminada sobre nosotros. Así el augusto templo de la justicia es un asilo cerrado, y si podemos usar de una comparacion mas libre, un municipio gobernado por sus leyes particulares, á donde ninguno que no esté iniciado puede introducirse, y de donde no es permitido á sus sacerdotes esparcirse, ni aun por recreacion, por un campo que no sea suyo.

Entre tantas ventajas que el nuevo orden de legislacion contiene para los magistrados, es mi intento en este dia, mis sábios y venerados compañeros, fixar particularmente la atencion sobre una que es en mi opinion no menos apreciable ella sola que todas las demas

juntas. No nos ocultemos á nosotros mismos un misterio que ya no puede serlo para nosotros. Habíamos sido hasta ahora tenidos por jueces, y en verdad éramos en no pequeña parte legisladores. La línea divisoria del poder judicial y del legislativo estaba tirada con tan poca exâctitud, y se hallaba en muchos puntos tan borrada, que baxo el nombre de interpretacion venia á nosotros la misma autoridad que baxo su nombre propio y natural nos era negada: abuso que dimanó á nuestros estudios legales del derecho romano, cuya sabiduría, y no sin fundamento, es tan ponderada.

Pero como la perfeccion de todas las obras humanas no puede ser fruto sino de la larga observacion de los siglos, de aquí es que en la misma jurisprudencia de los sábios romanos se encontraba el defecto trascendental de la libre interpretacion de sus leyes. ¿Quién ignora que la materia de la interpretacion se halla tratada en el digesto con tanta formalidad como las acciones de ley? Allí se ve es-

tablecido por principio fundamental, que saber las leyes no es atenerse á sus palabras, sino á su sentido y fuerza. Allí se encuentra la division de las maneras de interpretar, en declaratoria, extensiva y restrictiva. Allí se advierten todas estas diferentes clases de interpretaciones adornadas de reglas particulares, de las que pudiera decirse lo que el esclavo en Terencio á su amo apasionado, que reducir una pasion á leyes es querer delirar con método. Mas nada de esto era de extrañar en la jurisprudencia romana, rico grande compuesto del ingreso de varias fuentes, entre las quales era una de las principales la interpretacion de los prudentes, que constituian la costumbre del foro. Así que el título de intérpretes, conservado largo tiempo exclusivamente en el gremio de los patricios, les dió baxo otro nombre la potestad legislativa, por la que tuvieron con la plebe tantos debates en que al fin sucumbieron: y quando el derecho de interpretar se extendió tambien á los plebeyos, el cir-

culo de los jurisconsultos de los dos órdenes quedó hecho el único órgano de la interpretación, es decir, el único legislador del pueblo romano, que sin causa se tenía asimismo por soberano, siendo esclavo en los juicios.

Si el romano, tan zeloso de su libertad, no reparaba en esta servidumbre judicial, es porque estaba acostumbrado á otra aun mas irregular. ¿Qué era el edicto del pretor y de los demas magistrados tan conocido entre los romanistas? Al principio de su magistratura, ó mejor dirémos de su reynado, proponia el pretor su edicto en que promulgaba las leyes, segun las quales habia de administrar la justicia en todo su año: estas leyes no tenian otra autoridad que la del mismo pretor, á quien era concedido ayudar, suplir y corregir el derecho civil ó leyes solemnes de la república. La facultad de ayudar y suplir es monstruosa en un magistrado. ¿Qué abusos no debian seguirse de la de corregir? Y como el poder arbitrario, seme-

jante á un río impetuoso, lo arrastra todo desde el momento en que llega á vencer los diques que lo contenian, los magistrados romanos llegaron á proponer sus edictos en gracia de determinadas personas; y si el edicto propuesto en el ingreso de su magistratura no alcanzaba á dar á sus favorecidos la victoria de los juicios, se tomaron la libertad de proponer nuevos edictos en que derogaban á los primeros, prostituyendo de esta manera la indeterminada autoridad de que se hallaban revestidos.

El hombre sábio y el ignorante se distinguen en que el ignorante solo aprende de sus propios yerros, y así aprende siempre á costa suya, en lugar que el sábio se aprovecha en la historia de los errores ajenos, y así llega á conocer la verdad sin perjuicio suyo preliminar. Nuestros legisladores, aun contando los del fuero-juzgo y de las partidas, advirtieron los excesos á que el derecho de interpretar, confiado á los doctores ó á los magistrados, habia conducido á

los cautelosos y circunspectos romanos: por lo que se empezó entre nosotros á restringir la facultad de interpretar. Mas ¿qué importaba restringirla si las leyes no eran exactas? ¿Qué aprovechaba prohibir por una parte la amplia interpretacion, quando por otra se encontraba el juez á cada paso con inmensos vacíos en la legislacion? Esta es la grande obra que debe ser el resultado de un largo transcurso de tiempo, y de una nó menos que obstinada meditacion. Siempre han estado en las leyes de España demarcados los límites de nuestras facultades; pero en la sabia constitucion de la monarquía lo han sido mas luminosamente que nunca, aun por sola la razon de que los rayos reunidos en un foco multiplican infinitamente su virtud. Un magistrado no puede ya desconocer que es un mero aplicador de la ley: un declarador desnudo del hecho á que la ley debe aplicarse: un administrador tan sencillo de la justicia, que, como dice el sabio autor de los delitos y las penas, su

ministerio todo está reducido á hacer un solo silogismo en que la proposicion mayor sea la ley, la menor el hecho que se cuestiona, la consecuencia inevitable la aplicacion ó no aplicacion de la ley. Si es menester formar dos silogismos, continúa el mismo ilustre escritor, ya la cosa no está en su debido ser; ya se toca en interpretacion; ya se dá lugar á las opiniones fluctuantes de los hombres; ya son tantas las leyes quantos los jueces que las aplican; ya los hombres ven sujetas sus haciendas y sus vidas, no al imperio inmóvil de una ley, sino á las diferentes maneras con que los magistrados raciocinan; ya no existe la libertad civil.

Y ¿se degradan los magistrados quando se les coartan así sus facultades? Esta pregunta equivale á estotra: ¿Se degradan los reyes quando se les impide que puedan ser tiranos? ¡Ah! considerémos, señores, que si por una parte no podemos juzgar tan arbitrariamente, por otra tampoco podremos serlo nos-

• otros mismos. Quando al dictar la sentencia un magistrado se halla ligado estrechamente por la ley, debe regocijarse aun solo de considerar que iguales vínculos traban al que lo haya de juzgar á él, ó como ciudadano, ó como hombre público. Consideremos tambien que nuestra tranquilidad interior gana mucho en vernos de esta manera dominados por la ley; que nuestra reputacion de suficiencia ó de incapacidad, de probidad ó de inmoralidad, se halla tanto menos fluctuante, quanto mas estable fuere la norma que dirija nuestras operaciones: y que la felicidad y el amor de nuestros conciudadanos nos recompensará sobreabundantemente de unos sacrificios de autoridad nada costosos á nuestro orgullo, si éste sabe computar bien sus ventajas. Para mí no hay magistrado tan benemérito como el que calla quando calla la ley, y hace entonces hablar al legislador, que es el que en tales casos puede hablar solamente. Para mí no habrá en vosotros, estimables compañeros, virtud tan aprecia-

ble como la modestia del oficio: quiero decir, aquella timidez que os haga deteneros quando veais que vuestro dictámen y no el del legislador es el que va á decidir en las causas, aquella noble cobardía con que reusa un magistrado ser el dueño de la menor cosa, quando su gloria y su tranquilidad exigen que nunca sea mas que un dispensador.

Regocijémonos reflexionando que hoy se abre esta audiencia, siendo nosotros magistrados con la esclavitud y con la libertad con que debemos serlo: con nuestra esclavitud á las leyes, y con la libertad que nos promete no poder ser nosotros perjudicados por nadie sino por nosotros mismos. Con nuestra esclavitud gozan los pueblos de la única libertad posible y apreciable en las cosas humanas: con nuestra libertad viviremos nosotros libres del contacto de toda otra autoridad que no sea la nuestra, y la administracion de justicia será en verdad independiente. En una palabra, el magis-

trado y el ciudadano descansan ya en una sombra comun que les presta la ley, como árbol único de salud, y nignun hombre está sujeto á otro hombre sino á la expresion de la ley, que como dice un autor célebre hablando de la Inglaterra, es quanta libertad los hombres pueden y deben apetecer. No creamos que nuestros antecesores fueron mas felices que nosotros. Si baxo el nombre de chancillería se les daba un tratamiento que los igualaba con el trono de los reyes de castilla, estaban demasiado cercanos á un trono que podia por el poder de los ministros ó corromperlos ó deprimirlos.

Nosotros con una denominacion comun á todos los tribunales de segunda y tercera instancia, y con un tratamiento que nos hace iguales en cuerpo á todos nuestros hermanos, logramos para juzgar y para ser juzgados una autoridad que ellos jamas tuvieron aun en sus tiempos mas gloriosos. Éramos antes muchas veces algo mas que magistrados: ya somos magistrados solamente; pero somos,

por decirlo así, mas magistrados que antes. Siéndolo religiosamente segun la constitucion y las leyes, contribuiremos, y de un modo muy notable, á la mayor obra de todas, que es al equilibrio de los tres poderes: equilibrio en que, como decian los antiguos médicos del cuerpo humano, estriva necesariamente la salud de la patria, único objeto de nuestros desvelos y de nuestros clamores.

5/4/93

12.000



